

Y esta Iglesia no se contenta con enseñar ciertos dogmas fundamentales, para que se recuerden como de paso en épocas determinadas, y luego se olviden y se prescindan de ellos en la vida práctica; su misión es abarcar é impregnar con su doctrina la vida toda del hombre, desde la cuna hasta el sepulcro, y aun mas allá. Sus Sacramentos acompañan al fiel en todas las ocasiones mas importantes de la vida; ellos le consuelan en las tribulaciones todas, y le devuelven la gracia si su corazón llega á extraviarse. La presencia del Dios eterno mantiene sus templos en continuo comercio con los invisibles seres de otra vida superior, y en millares de altares se renueva todos los días el sacrificio de la Cruz. Ni aun con la muerte cesa la acción de la Iglesia, pues sus oraciones y sufragios por los difuntos obran poderosamente cabe el trono del Eterno.

Este es el *símbolo de creencias* de la Iglesia católica, á la que pertenecen también, respecto de los dogmas y Sacramentos; los cismáticos griegos. *La organización externa* y el *culto religioso* de la Iglesia católico-romana abundan en prerogativas no menores para todo el que á ella pertenece como hijo sumiso. Ante todo nos ofrece, con la idea de Iglesia visible, una cabeza suprema, visible también, independiente de todo poder terreno y existente por tanto en sus *propios* dominios. Luego tiene un *sacerdocio propiamente tal*, el cual sobre ser necesario para el sacrificio de la misa, administración de Sacramentos y desempeño de las demás funciones eclesiásticas, es una prenda segura de que la Iglesia cumple su divina misión sobre la tierra. Y la severa disciplina del *celibato* queda plenamente justificada con solo considerar que las miserias que necesariamente han de

manifestarse donde un clérigo con mujer é hijos tenga que sacrificar sus convicciones en aras de la familia, redundan casi siempre en *menoscabo del carácter eclesiástico*. El culto confiado á estos sacerdotes ofrece todos los días á la inmediata consideración de los fieles los sacrosantos misterios de la religión revelada: no se concreta á instruir el entendimiento razonador, ó á fomentar por ventura el sentimiento, sino que se apodera del hombre entero, con cuerpo y alma, y lo llena todo, corazón, espíritu y sentidos. Tiene también oración en común, canto y sermón; pero tiene mas todavía. Para este culto la escultura y la pintura han creado obras maestras, cuales solo podían salir de corazones abrasados en el divino amor; y si se comparan con los nuestros aquellos *bárbaros* tiempos en que el Catolicismo levantaba sus catedrales y llevaba á Europa á las Cruzadas, en orden al vuelo de las artes y al entusiasmo caballeresco y poético de los hombres, no puede causarnos mas que profunda lástima la flamante civilización del presente siglo.

#### IV

### ¿Cuál es la vida religiosa de los católico-romanos?

En este punto, francamente, muchos de ellos no les andan en zaga á muchos protestantes. Mas los católicos que se han asociado á las tendencias de la francmasonería, que están persuadidos de que para ir al cielo basta *obrar bien*, de que la doctrina de la Iglesia y prácticas religiosas son

cosas secundarias, esos católicos *no pertenecen* seguramente á la Iglesia en el sentido en que esta lo exige.

Pero ese espíritu de indiferencia y frialdad religiosa no es *en manera alguna* el predominante entre el pueblo católico. Y aquí debo hacerme cargo de un error que es una de tantas sandeces como hoy privan en el mundo. Gran número de hombres, y en especial de los llamados ilustrados, viven en la convicción de que la Iglesia católica camina con paso apresurado á su destruccion y total ruina. Los que así piensan, alegan principalmente en su apoyo la apurada situación en que en la actualidad se halla el romano Pontífice, y la guerra que al parecer tienen declarada á la Iglesia los Estados y Constituciones modernas, como es de ver, por ejemplo, en Italia, Austria, en el gran ducado de Baden, y recientemente tambien en España. Mas esto son puras ilusiones.

Por lo que hace al dominio temporal de *los Papas*, de seguro que aun hoy dia descansa sobre base mas sólida que el unido reino de Italia. La mano de la imperial Francia no es tan débil, y esa Francia se suicidaria á sí misma el dia que abandonase á Roma. El espíritu hostil que contra la Iglesia muestra el *Gobierno italiano* no puede servir sino para tornar á disolver aquel flamante reino; lo que de seguro logrará cumplidamente.

En *Austria* los hombres que *real y verdaderamente* dirigen la nave del Estado, en lo que menos piensan es en declarar una guerra sistemática al Catolicismo. El *emperador Francisco José* no hubiera otorgado su voto por nada de este mundo; los conflictos que han sobrevenido proceden en parte de necesidades políticas y en parte de malas inte-

ligencias en las relaciones con Roma; y *la causa de la Iglesia católica se halla en Austria en buen lugar*. Si con el acento de la mas profunda convicción pudiera hacerme oír de todos los católicos que en ello toman públicamente parte, exclamaria con la mano puesta sobre el corazón: ¡No os hagais ilusiones! Austria es y continúa siendo vuestro sosten y apoyo. ¡Aquella potencia empero que con tanta sagacidad como fortuna ha heredado la política de la Reforma, seria vuestra perdicion y ruina!

El conflicto del *gran ducado de Baden* reconoce por única causa la cuestion de su anexion á Prusia, y así en segunda instancia será resuelto de la misma manera que por el ministerio Karlsruhe.

¡*España*, en fin! Si el caso no fuera tan sério, me echaba á reír. Cuando los grandes heraldos de la revolucion, Serrano, Prim y Topete, vinieron á Zaragoza á recibir á Olózaga, el prohombre del liberalismo y maestro de la idea constitucional en España, encamináronse ante todo á la catedral para postrarse de hinojos, á vista de la multitud apiñada, ante la milagrosa imágen del Pilar. Quizás procedieron así por pura devoción como verdaderos católicos; y quizás tambien para no exponerse de ese modo á las iras del pueblo zaragozano. Y en el manifiesto en que el Gobierno provisional proclamaba la libertad religiosa y anunciaba esta y otras novedades á los por él llamados sus representantes en las cortes extranjeras, justificaba el planteamiento de esta libertad, diciendo que por ese medio se arraigaria mas y mas el sentimiento católico, *por dicha siempre vivo y siempre inalterable* en aquella magnánima nacion. Decís bien: los españoles acabarán con el Catolicismo. Es-

toy firmemente persuadido de que no hay un solo español que comprenda el concepto alemán de *protestantismo*. Podrá haber entre ellos individuos ateos y no pocos francmasones, pero protestantes, de ninguna manera; y aun á aquellos ateos y á aquellos francmasones se les cerrará la boca dentro de breve tiempo. — Así ve también las cosas el Nuncio de Su Santidad en Madrid; por eso permanece allí tan tranquilo y se mantiene en relaciones más ó menos amistosas con el provisional Gobierno.

Por consiguiente, la situación del Catolicismo respecto de los Estados modernos no es tan apurada como comunmente se cree. Y, por lo demás, Jesucristo ha dicho: «Mi reino no es de este mundo;» y es todavía una cuestión si sería ó no perjudicial á la Iglesia el tener de hoy más que obrar por medios puramente espirituales.

Pero dado, que no concedido, que los Estados modernos se hallen respecto de la Iglesia católica en un conflicto sin solución ó que apenas la tiene, aun no se habría con eso dicho nada sobre las *disposiciones internas del pueblo católico*; quedaria aun por resolver la cuestión principal de si el mundo católico pertenece á los modernos Estados ó á su Iglesia. Sentiria por los Estados que se resolviera esa cuestión, pues dudo mucho que el fallo les fuese favorable. Salid, si os place, á recorrer un país católico; visitad las montañas y valles, no ya del Tirol, sino del Austria toda; entrad en las iglesias por doquiera en los santos tiempos del año eclesiástico; acercaos á la cama del enfermo y al lecho del moribundo; visitad los hospitales; trasladados con el capellan de regimiento á un campo de batalla; comparad un auditorio que con corazón palpitante escucha la his-

toria de la Pasión, con los espectadores de un teatro, todos caballeros y damas, á quienes hechiza la desenvoltura de una bailarina medio desnuda; seguid á aquellos que suelen frecuentar los lugares del vicio, hasta el momento en que el hombre, gastada la vida, ve cerca de sí el abismo de la eternidad, y busca desesperado un medio de salvación; observad al heraldo del moderno liberalismo cuando le abandona la dicha, el poder, la posición, la fortuna: en todos estos y otros mil casos análogos encontraréis siempre, ó al fiel de corazón recto y morigeradas costumbres, ó al hombre que, presa de Satanás, se revuelve como vil insecto en el lodo, y junto á él al sacerdote católico que le alienta á dirigir la vista al cielo.

No necesito advertir que estoy lejos de disputar méritos análogos al clero no católico en el desempeño de su ministerio, y de negar la gracia de iguales sentimientos religiosos á las parroquias protestantes. Lo único que digo es que, ó eclesiásticos y fieles conservan un conjunto de creencias cristianas, positivo y no expuesto á los caprichos de ninguna razón humana, y entonces bajo este concepto son verdaderos católicos; ó no tienen semejante fe, y en ese caso les falta la religión positiva con todas sus gracias.

Pero que en efecto las disposiciones religiosas del pueblo católico sean *incomparablemente mejores* que las del pueblo protestante, resulta claro para un observador despreocupado con solo considerar por un momento las asociaciones religiosas del Catolicismo. Estas, tales como las del Monte-Casino, San Vicente de Paul, San Carlos Borromeo y otras innumerables, han adquirido un desarrollo extraordinario en los últimos tiempos; fenómeno que debe llamar

tanto mas nuestra atencion, cuanto que esas asociaciones, por el presente y hablando en general, no gozan en manera alguna de especial proteccion ó grandes privilegios de parte del Estado. ¿Por qué no prefiere esa multitud inmensa de hombres asociarse para empresas que puedan reportarles ventajas pecuniarias, goces, comodidades, consideraciones y honores? ¿por qué prefieren los dicterios del mundo, los ultrajes de los periódicos, las sospechas de la policía, con otros perjuicios todavía mas graves? Es muy sencillo; porque en su alma viven sentimientos profundamente religiosos cuya satisfaccion les importa mas que el universo todo.

¡Loor, pues, al hombre de noble corazon! ¡loor al alma de aspiraciones religiosas, cualesquiera que sean sus convicciones! Pero si se consideran *en conjunto* todos los fenómenos desparramados de la vida espiritual, si se reunen en un foco comun todos los rayos del sentimiento católico, no puedo menos de confesar paladinamente que: *La Iglesia católica es el mayor poder espiritual que existe sobre la tierra.*

## V.

### ¿Qué se sigue de aquí?

Malévolos lectores dirán en seguida: De aquí se sigue que el autor de este escrito debe hacerse católico y dejarnos en paz. Mas con esto nada se diría ni se refutaría nada. Pues por una parte la grandeza y majestad de la Iglesia católica ya ha llenado de admiracion á muchos protestan-

tes á quienes sin embargo nadie echará en cara su predileccion por el Catolicismo: basta recordar á Schiller en su *Maria Stuart*, y á Jean Paul en los *Flegeljahren*. Y por otra parte el fraccionamiento y disolucion interna del protestantismo ha llegado á tal punto en nuestros tiempos, que todo protestante que quiera dar expansion á sus sentimientos religiosos se verá incapaz, por regla general, de adherirse á ninguna fe positiva con aquel completo abandono y plenitud de conviccion, exenta de toda duda, que la religion católica demanda. Hasta la circunstancia de que el protestantismo cási en todas partes anda solicitando el favor de las cortes y se afana por vivir á la sombra del poder, es muy á propósito para provocar un juicio *severo* de parte de los hombres honrados é independientes, ya que con esa actitud incurre en la mas palmaria contradiccion con el principio de libertad en cuyo nombre vino al mundo.

Ahora solo me resta contestar á la pregunta: ¿Qué significa, si tal es en efecto el estado de las cosas, la invitacion del Sumo Pontífice para reconciliarnos con la Iglesia católico-romana?

Que esta invitacion fuese objeto de prévio y maduro examen, no necesita probarse: no es costumbre en Roma echar impremeditadamente al mundo documentos de esa índole. Y no es menos cierto que se brindaba con tal espontaneidad á hacer ese llamamiento la convocacion de un concilio general, el primero celebrado de tres siglos acá, que no solo debia aprovechar semejante oportunidad el Jefe de la Iglesia católica, sino que apenas podia eludirla. Y aun suponiendo que de lo dicho en los precedentes párrafos no pueda sostenerse como verdad sino *lo sustancial*, queda no obs-

tante fuera de duda que seria *muy de desear* de parte de todos los cristianos que conservan un ápice de fe, que los votos del romano Pontífice tuviesen cabal cumplimiento.

Bien que esto *por ahora* no sucederá; y el mismo Pio IX está plenamente persuadido de que por ahora *no* sucederá; pues cambios de tamaña trascendencia en el mismo seno del género humano no se operan en un momento, necesitan siglos para llevarse á cabo. Si llega á celebrarse el concilio general, lo grandioso é imponente de ese gran suceso, el espectáculo arrebatador de la Iglesia en toda su majestad y grandeza, ocasionará, si, la conversion particular de muchos, mas no dará por resultado la reconciliacion en masa de las iglesias separadas. La existencia del protestantismo ha sido muy útil á la religion católica, y su mision no ha terminado aun: continuará en el mundo como principio de oposicion religiosa, y seguirá prestando los servicios que la divina Providencia le prescriba para llevar á feliz término la educacion del género humano.

Pero no vencerá á la Iglesia católica. Ya ahora puede considerarse como cierto que ella sola aumenta *constante* y esencialmente en poder y en extension. Tales ó cuales relaciones políticas del momento *no* engañan al ojo del observador: los Estados modernos se reconciliarán al cabo con la Iglesia en el terreno *de sus mútuas libertades*. Los cristianos que tengan realmente fe se convertirán cada vez mas, en el decurso de los siglos, al *principio* católico, y con eso irán agregándose en número cada vez mayor á la Iglesia *visible* de Jesucristo.

Cuando de los que ahora vivimos no quede siquiera la sombra de los sepulcros, cuando todas las cuestiones polí-

ticas que en enemigos campos tienen hoy dividida á Europa y al mundo entero sean patrimonio exclusivo de la imparcial historia, entonces se recordarán las palabras que en el presente año ha dirigido á sus hermanos disidentes un Anciano perseguido, escarnecido y atribulado. Ahora, despues de diez y ocho siglos, aun no se ha convertido al Cristianismo la parte [mas pequeña del humano linaje: y de los que son cristianos exteriormente, pocos lo son en su interior. Y sin embargo esa bandera se ha mantenido alta y siempre mas alta en todas las vicisitudes de la historia. La Iglesia *católica* fue la maestra y directora del género humano en todo el decurso de la edad media; inquebrantable ha visto pasar ante sí, en lucha sin tregua ni descanso, los tres poderosos siglos que siguieron á la Reforma; y viviendo en ella la verdad eterna de Dios, al fin obtendrá tambien el triunfo la palabra de su Fundador:

**¡Habrá un solo pastor y una sola grey!**

---

## ÍNDICE.

---

	<u>PÁG.</u>
I.—¿Qué ofrece á sus adeptos la iglesia evangélico-protestante? . . . . .	7
II.—¿Cuál es la vida religiosa de los evangélico-protetantes? . . . . .	14
III.—¿Qué ofrece á sus hijos la Iglesia católico-romana?	19
IV.—¿Cuál es la vida religiosa de los católico-romanos?	21
V.—¿Qué se sigue de aquí? . . . . .	26

---